

PRÁCTICAS LOCALES ALIMENTARIAS: UN REFERENTE SOSLAYADO EN LAS POLÍTICAS ALIMENTARIAS. LA EXPERIENCIA DE UNA COMUNIDAD NA SAVI DE GUERRERO

LOCAL FOOD ANN PRACTICES: AN OVERLOOKED REFERENT IN FOOD POLICIES. THE EXPERIENCE OF A NA SAVI COMMUNITY IN GUERRERO

BERENICE RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ*
ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0001-6772-1396>

ANA CATALINA SEDANO DÍAZ**
ORCID ID: <https://org/0000-0002-2071-7207>

Fecha de entrega: 15 de abril de 2023
Fecha de aceptación: 15 de mayo de 2023

*Profesora Investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia; integrante del proyecto de investigación Actores Sociales de la Flora Medicinal en México. Realiza investigación sobre Antropología Médica y Derechos de los Pueblos Indígenas en Morelos y Guerrero. Contacto: rberenice001@gmail.com
**Profesora Investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia; integrante del programa de investigación Actores Sociales de la Flora Medicinal en México. Realiza investigación sobre Antropología Médica y Etnobotánica. Contacto: catyседано@gmail.com

RESUMEN

México se caracteriza por tener una amplia diversidad biocultural que ha permitido a sus pueblos campesinos y originarios generar, en un contexto de desigualdad estructural, estrategias de subsistencia basadas en prácticas alimentarias y usos tradicionales de recursos agrícolas y silvestres. Sin embargo, en las políticas alimentarias que ha implementado el Estado, no se reconoce ni incorpora suficientemente su potencial. En este sentido, se analiza la interacción entre los saberes locales y las políticas alimentarias, articulado a las condiciones materiales y el contexto sociocultural de

una comunidad Na Savi de Guerrero.¹

PALABRAS CLAVE: *Pobreza, Hambre, Programas estatales, Campo, Red alimentaria*

ABSTRACT

Mexico is characterized by having and a wide biocultural diversity that has allowed its peasant and/or native peoples to generate, in a context of structural inequality, subsistence strategies based on food practices and traditional uses of agricultural and wild resources. However, the food politics implemented by the State do not sufficiently recognize or incorporate their potential. In this sense, the interaction between local knowledge and food politics is analyzed, articulated to the material conditions and the socio-cultural context of the Na Savi peoples of Guerrero.

KEYWORDS: *Poverty, Hunger, State Programs, Field, Food Web*

INTRODUCCIÓN

La preocupación por el problema alimentario en México no es un tema nuevo. Desde la década de los años treinta

del siglo pasado, el gobierno mexicano ante las dificultades alimentarias y sus implicaciones nutricionales y epidemiológicas, inauguró las primeras políticas públicas para impulsar la producción de alimentos y controlar los precios de productos alimenticios básicos y durante poco más de cuatro décadas continuó con políticas orientadas a cubrir la autosuficiencia alimentaria y con ello, responder al problema de la carencia de alimentos y sus diversos efectos en la salud de la población (Barquera, Rivera y Gasca, 2001).

Posteriormente, con la adopción del modelo neoliberal en la década de los noventa y con el fundamento del libre mercado y modernización nacional, las políticas alimentarias dieron un giro radical ya que se abandonó la vía de la autosuficiencia a través de la producción interna y se apostó por el intercambio comercial para lograr la disponibilidad de alimentos (Gómez et al., 2005).

En este contexto, la importancia de la alimentación como un derecho humano ha hecho que el Estado, como garante de este, intervenga y haya diseñado a lo largo de la historia programas alimentarios que van desde el subsidio a la producción, mecanización de la agricultura para mejorarla, la implementación de desayunos escolares, transferencias en especie y en efectivo a los consumidores y productores y la comercialización de alimentos a precios más bajos a los del mercado global entre otros (González, 2019).

Sin embargo, a pesar de las diversas

1. Este trabajo se realizó en el marco del proyecto de investigación Potencial de los saberes locales para mejorar la nutrición en comunidades de la Costa Chica y Montaña de Guerrero que fue financiado por la Fundación Kellogs y el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

estrategias estatales implementadas bajo lógicas económicas distintas, el problema alimentario y sus múltiples causas y efectos, sigue siendo un fenómeno no resuelto que se distribuye de manera diferencial en México; es decir, que afecta más a ciertas regiones del país y a las poblaciones que las habitan, o bien, que no todos tienen acceso de la misma manera a satisfacer una necesidad básica como es la alimentación. En este sentido, la falta de alimentos es un proceso de desigualdad y una carencia básica que junto con otros cinco indicadores (educación, calidad en la vivienda, servicios de salud y servicios básicos) constituyen la pobreza multidimensional que se vive en México y que de acuerdo con cifras oficiales de los 52.2 millones de pobres que se registraron en 2016 la cifra se elevó a 55.7 millones en 2020, y la carencia de una alimentación nutritiva aumentó de 26.5 millones de personas a 28.6 (Coneval, 2020).

Esta carencia alimentaria genera malnutrición que abarca la desnutrición, el sobrepeso, la obesidad, y las enfermedades no transmisibles relacionadas con la alimentación, la cual tiene múltiples repercusiones a nivel físico, en la capacidad intelectual, (Wilmot et al., 2019), en el desarrollo psicomotor (Bedoya, 2014), en la dimensión emocional (Martínez, 2014), a nivel social y económico, para las personas y sus familias (Martínez & Fernández, 2006), para las comunidades y para el país.

En este sentido, la pobreza en México que se agudizó con la llegada de la

COVID-19, coincide con asentamientos de pueblos indígenas y campesinos del país que la padecen históricamente. Al respecto, datos oficiales apuntan que, en 2020, los municipios con mayor porcentaje de población en pobreza se localizaron en las entidades de Oaxaca, Guerrero y Chiapas, que son tres de los cuatro estados que concentran junto con Yucatán, la mayor cantidad de población indígena en el país. Esto quiere decir que en este patrón geográfico de pobreza uno de cada cuatro personas vive en situación de pobreza lo que significa que no cuenta con los ingresos suficientes para consumir alimentos que le permitan nutrirse.

Es en este contexto de desigualdad y discriminación que se han implementado las políticas alimentarias en México, lo cual, es una expresión que, a pesar del reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas basado en la composición pluricultural del país, prevalece el fundamento de homogenizar a la nación y modernizarla (Bonfil, 1989) a través de estrategias alimentarias que buscan entre otras cosas “educar” y transformar la alimentación, en lugar de potenciar las formas tradicionales de producir los alimentos en estas regiones del país, o de retomar en el diseño de dichas políticas los saberes locales y con ello reconocer su importancia.

En este trabajo, analizamos la relación que existe entre las políticas alimentarias y las prácticas locales de un pueblo Na Savi y de Guerrero registrando la visión y narrativa de los locales so-

bre las principales políticas alimentarias que ha desplegado el Estado en estos territorios. Para ello, en la primera parte del trabajo hacemos un análisis sobre los objetivos, metas, tipo de población y estrategia de las políticas alimentarias que se han implementado en el país para hacer frente a la crisis alimentaria. En el segundo apartado, introducimos el contexto sociocultural de nuestras comunidades de estudio y hablamos de la parte metodológica que nos permitió realizar este trabajo. En la tercera parte damos relevancia a sus diversas estrategias tradicionales de producir sus alimentos y registramos su experiencia frente a las políticas alimentarias. Concluimos con algunas reflexiones acerca de la importancia biocultural alimentaria y la perspectiva integral del problema alimentario que deberían de considerar las políticas públicas.

LA POLÍTICA ALIMENTARIA EN MÉXICO

Hay diversos registros historiográficos de la época de la Nueva España que narran episodios de hambrunas con un alto costo de vidas humanas (Malvido, 1975; Talayera, 2014; Cahuich, 2021). No es el caso del México contemporáneo que carece de registros epidemiológicos o de mortalidad asociados a la crisis alimentaria como un problema derivado no solo de implicaciones ambientales sino económicas y políticas.

No obstante, existen contribuciones importantes que ubican a la Revolución Mexicana como el partaguas para

que, a través de la reforma agraria y el reparto de tierras, se atendiera en cierta medida el problema de la carencia de alimentos. Así, se señala que el periodo aproximado en que surgieron los programas alimentarios se ubica entre 1922 y 1924, momento en que se crearon comedores escolares para atender la nutrición de niños en zonas urbanas. Y de 1925 hasta 1958 hubo planes sexenales que incorporaron algunos programas dirigidos a población con bajos recursos que establecieron el almacenamiento de granos básicos como el maíz y frijol y la regulación de sus precios como la forma de atender el problema (Barquera, Rivera y Gasca 2001).

Fue en los años sesenta que el gobierno mexicano creó la Conasupo (Compañía Nacional de Subsistencias Populares) institución que intervino en la compra de productos de la canasta básica a precios de garantía. Los precios de garantía fue un programa del gobierno federal que definía precios fijos de compra por producto para aquellos productores que cumplieran ciertas características. En su 35 años de operación, la Conasupo buscó aumentar el consumo de alimentos en las zonas más pobres del país, a través de subsidios como ya dijimos con los precios de garantía y distributivos a través de la entrega de leche. Sin embargo, durante su última fase, los beneficios generalizados se destinaron principalmente a las zonas urbanas, dejando desprotegidas a las rurales (Herrera, 2009).

La década de los setenta y ochenta

fue el periodo en que surgieron más programas agroalimentarios que buscaron combatir la pobreza y marginación en las familias de zonas rurales. En 1977 se creó COPLAMAR (Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados). Es a través de este programa que se empezó a estudiar con mucha mayor profundidad el problema de la pobreza y a hacer los primeros mapas de su distribución. Su objetivo fue que las zonas que consideraron prioritarias tuvieran acceso a salud, alimentación y vivienda. Sin embargo en 1983 se deroga este programa mediante un acuerdo presidencial y sus labores se diluyeron a través de su distribución en varias secretarías de estado (Villarespe y Merino, 2008). En el siguiente sexenio, en 1980 se creó el Sistema Alimentario Mexicano (SAM), su objetivo fue incrementar la producción agrícola y así asegurar la alimentación en zonas con esta carencia básica. Su ejecución fue a través de mantener los precios de garantía y de subsidios de insumos agrícolas, como entrega de fertilizantes, plaguicidas, semillas mejoradas, créditos para la producción agrícola y una amplia campaña nacional de educación nutritiva a través de difundir la Canasta Básica de Alimentos, que establecía por primera vez de manera oficial los requerimientos mínimos e indispensables, poniendo énfasis en las familias que percibían un salario mínimo. En 1982 cuando estalla la crisis económica en el país, el SAM es uno de los primeros programas gubernamentales que se cancelan (Pedroza, 2018).

En el siguiente sexenio, que corresponde a la administración del expresidente Carlos Salinas de Gortari, se da inicio al Programa Nacional de Solidaridad Social con el que inaugura su administración y enfocado a reducir los niveles de pobreza en pueblos indígenas, campesinos y en zonas marginales de las ciudades y su estrategia fue la participación social a través de la creación de comités locales quienes eran los encargados de administrar los recursos destinados a la infraestructura comunitaria (Cordera y Lomelí, 2003). No obstante, es en esta administración en donde se da un giro a las políticas públicas y se adopta un nuevo modelo económico basado en el libre mercado, afectando con ello a los pueblos campesinos y originarios, los cuales harían visibles sus voces para denunciar las injusticias de marginación en las que vivían.

Así, un momento clave con el que inicia este sexenio es con la firma del gobierno mexicano del Convenio 169 de la OIT (Organización Internacional del Trabajo), el cual se crea a raíz de observar que en diversas regiones del mundo los pueblos indígenas no podían gozar de la misma manera que el resto de la población de los derechos fundamentales (Lara, 2018). Al firmar este tratado el gobierno se comprometió a reconocer los derechos colectivos de los pueblos indígenas, pero solo se limitó a establecer en la Constitución, por primera vez en la historia, la composición pluricultural del país basada en la presencia de sus pueblos originarios. Así, en 1992

se reformó el artículo 4° añadiendo un párrafo que mencionaba la presencia indígena en México (Ramírez y Victoria, 2017).

Sin embargo, ese mismo año el gobierno, basado en un discurso de modernización del país, también decidió reformar el artículo 27° y con ello asegurar jurídicamente la apertura del TLCAN, tratado que México firmó con Estados Unidos y Canadá. Así, ante las desventajas económicas y productivas que implicaba este para los campesinos, el gobierno decidió crear el Procampo (Programa de Apoyo Directos al Campo) uno de los principales programas agrícolas que buscaron entre otras cosas, reducir la oposición al TLCAN y atender el rezago agrícola a través del pago por hectárea o fracción de superficies elegibles para sembrar en alguno de los tres ciclos agrícolas nueve cultivos: algodón, arroz, cártamo, cebada, frijol, maíz, sorgo, soya y trigo (Piñera et al., 2016). Así, el 1 de enero de 1994 día que entró en vigor el TLCAN, es el mismo día en que el Ejército Zapatista se levantó en armas en el estado de Chiapas para denunciar que esta política económica condenaría a la miseria a los pueblos campesinos e indígenas de nuestro país.

En este sentido, bajo una lógica de modernización y un nuevo modelo económico basado en el libre mercado, los programas como Procampo y Solidaridad que en los sexenios cambió de nombre (Progresá, Oportunidades, Prospera) desde sus inicios se caracterizaron por transferir efectivo para compensar la

pérdida de ingresos de los productores agropecuarios.

Asimismo, uno de los más controvertidos programas alimentarios por su poca claridad en los recursos implementados fue el que inauguró Enrique Peña Nieto para combatir la pobreza alimentaria en México, denominado Cruzada Nacional contra el Hambre que, junto con el Programa Alimentario, buscaron a través de la creación de comedores comunitarios y la entrega directa de insumos alimentarios procesados combatir la pobreza alimentaria en el país y con ello reducir los índices de desnutrición (Mendoza, 2022).

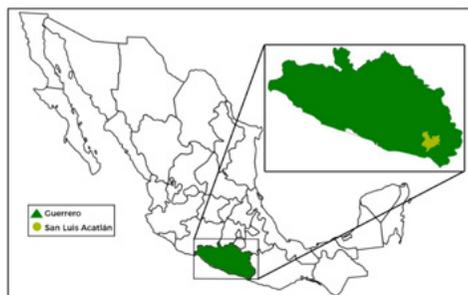
En este sentido, los programas antes mencionados no incorporaron la gestión del conocimiento local, es decir cómo es que han respondido o adaptado las poblaciones a las nuevas tecnologías agrícolas, pero también que valoración se le da al conocimiento que poseen las comunidades, en cuanto al tema del campo. En este sentido, podemos preguntarnos qué tanto los programas alimentarios, analizan la capacidad, la experiencia y el potencial que tiene el conocimiento local de una actividad que es inherente a su vida cotidiana, de un proceso de conocimiento y práctico que es compartido y heredado generación tras generación y que a su vez ha permitido por esto la sobrevivencia, y la permanencia de su identidad misma.

SOBRE LA METODOLOGÍA Y EL CONTEXTO DE ESTUDIO

El estudio que presentamos se realizó entre 2016 y 2018 en el municipio de San Luis Acatlán, Guerrero, específicamente en la comunidad Na Savi (mixteca) de Cuanacaxtitlán (Mapa 1). Uno de los objetivos del trabajo fue conocer la diversidad de prácticas y saberes alimentarios. Para ello se realizaron caminatas botánicas y entrevistas en profundidad a 10 familias de la comunidad. Fue a través de las entrevistas que de manera recurrente se nombraba a los programas de gobierno que intervenían tanto en la producción como el consumo de alimentos, de tal manera que fue gracias a los actores locales y a su problematización en el tema que se incorporó en el diseño de las entrevistas su experiencia con estos programas.

De las diez familias entrevistadas, siete son nucleares conformadas por madre, padre e hijos; en dos la jefatura de familia es de las mujeres a causa de que los padres están ausentes por migración; y una es madre soltera. Se procuró entrevistar a todos los miembros de la familia para saber de qué forma participan en la elaboración de los alimentos cotidianos, o en su producción o recolección. Sin embargo, las entrevistas con mayor profundidad para abordar el tema de las políticas alimentarias se realizaron principalmente con las mujeres que son las encargadas en las diez familias de preparar los alimentos, y con los hombres que son en su mayoría los encargados de producirlos y recolectarlos.

Mapa 1. San Luis Acatlán, Guerrero.



Fuente: Elaboración Raúl García (2022).

El municipio de San Luis Acatlán, en términos étnicos es un escenario pluricultural, ya que es un territorio que alberga a comunidades Na Savi (mixtecas), Me phaá (tlapanecas) y nahuas y la cabecera municipal es mestiza. Además de esto, San Luis Acatlán y las comunidades que lo componen es un punto político importante en el país, ya que es ahí en donde surgió el proceso organizativo y autónomo de seguridad y justicia, mejor conocido como Policía Comunitaria. La hoy Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias (CRAC-PC), surgió en los años noventa como respuesta a la incapacidad por parte del Estado para brindar seguridad en esta región. Ante la ola de violencia que se vivía en ese momento, las comunidades se organizaron y hasta el día de hoy, pese a las adversidades que ha impuesto el mismo Estado para fracturar y erradicar esta fuerza organizativa comunitaria, la Policía Comunitaria se mantiene en su propósito original que es atender los temas de justicia y dar reeducación.

Además de estos aspectos importantes de este territorio, San Luis Acatlán es un contexto vulnerado históricamente que, a pesar de las reformas políticas, los programas y la semifocalización de los problemas es un escenario que sigue presentando la caracterización de hace veinte o treinta años. En este caso, los tres estados de la república que son los más segregados son: Guerrero, Chiapas y Oaxaca (Rubalcava, 2010).

En cuanto a Cuanacaxtitlán, es una comunidad con una población aproximada de 3 494 habitantes. Más del 65 % de la población habla su lengua materna que es el mixteco y el español como segunda lengua, y hay un 3 % que solo habla el mixteco. El 13.68 % de la población es analfabeta y la comunidad registra un rezago social alto. La mayoría de la población se dedica principalmente a la agricultura de auto subsistencia.

LA RED ALIMENTARIA EN COMUNIDADES NA SAVI DE GUERRERO

La contextualización de la cultura alimentaria entre los Na Savi de Guerrero, especialmente de la comunidad de Cuanacaxtitlán está basada en una diversidad de prácticas tradicionales que se dinamizan constantemente y están asociadas a su vez a un entramado de saberes locales que son heredados de generación en generación y que, al reproducirse día con día, se revitalizan las formas tradicionales de comer. Así, la organización para hacer posible la alimentación en las familias es diversa y depende de la estructura familiar, de la experiencia y los

conocimientos del territorio asociados a las actividades cotidianas que permiten obtener los alimentos.

En este sentido, a través de las entrevistas realizadas pudimos identificar que la red alimentaria en esta comunidad está sustentada en cinco procesos:

1. Producción agrícola: Sembrar y llevar la cosecha a casa es una actividad cotidiana en la vida de las comunidades Na Savi de la región costa chica y montaña de Guerrero. Las narrativas locales coinciden que la siembra de maíz es lo que mejor saben hacer y que le da sentido a su vida, porque del trabajo de sembrar y cosechar esta semilla es como han logrado mantener a sus familias.

Más allá de las carencias y de las imposiciones que enfrentan hasta para sembrar maíz, refieren que sin el maíz no conciben su forma de sobrevivir. Como señala don Calixto.

Puede haber la mejor comida, carne, mariscos, lo que quieras, la comida más cara, pero si no hay maíz, para nosotros es como si no hubiera nada. (Calixto Clemente, Cuanacaxtitlán, mayo, 2016)

El maíz ocupa el centro de la mesa, y sustituye cualquier alimento. En tiempos que se tornan difíciles, en donde no alcanza para comprar otro alimento que lo acompañe como por ejemplo huevo, es el maíz a través de la tortilla que alimenta a toda una familia. Niños, ancianos, jóvenes, mujeres y hombres admiten que la tortilla de maíz hace la diferencia de cualquier otra comida.

De la mano del maíz, que es el pro-

ducto principal que se siembra, van otros productos que por excelencia lo acompañan como el frijol, el chile y la calabaza. La mayor parte de los campesinos que siembran lo hacen en la época de temporal, ya que es un número reducido los que tienen ubicados sus tierras de cultivo cerca de algún arroyo o de alguna fuente de agua. La tendencia es que se siembre el maíz blanco, pero los demás colores de maíces se conservan.

Además de la inversión económica para sembrar maíz, de la que más adelante hablaremos, el esfuerzo físico que se vierte en el campo para llevar a cabo esta labor es ardua y requiere de un tiempo considerable. Esta inversión de tiempo, da lugar a que hablemos que efectivamente, siempre se ha visto a la siembra como un acto comunitario porque miembros de la familia apoyan con su trabajo a esta actividad que los sustentará después de la cosecha. En la actualidad ha habido cambios en la forma de organizarse para apoyar las labores de la siembra. Y es que se señala que anteriormente todos los integrantes de la familia, así como vecinos y amigos, apoyaban con un sentido comunitario con tareas específicas que hacían posible la siembra. Sin embargo, hoy en día sembrar se ha convertido en un acto más individual que colectivo ya que si alguna familia decide hacerlo, tiene que invertir en mano de obra. Esta situación según las narrativas locales es consecuencia de los programas de gobierno, principalmente los que se caracterizaron por dar dinero en efectivo como el hoy extinto programa Prospera, el cual a lo

largo de veinte años de operación con distintos nombres según la administración federal (Progresá, Oportunidades, Prospera), tuvo un impacto negativo en la organización comunitaria para poder sembrar.

Mire el gobierno es lo que quiere dividirnos. Antes había algo que le llamábamos cambio de brazo que era por ejemplo que yo iba a ayudarlo a mi vecino a sembrar y sin ninguna paga, y cuando yo sembraba el me regresaba la ayuda. Pero hoy ya no existe eso, todo es pagado porque el gobierno les paga y ahora el pensamiento es dinero, cobrar. Y si nos dan algún dinero con los programas del gobierno, pero imagínate es para pagar para que nos ayuden, cuando antes era un servicio a la comunidad el ayudarnos. (Abdías Flores, Cuanacaxtitlán, mayo 2016)

En este sentido, sembrar en un contexto de precariedad y en donde los programas trastocan las relaciones comunitarias, deja de ser una actividad atractiva en términos económicos, por lo que tiende a abandonarse y sustituirse por la migración, lo que ocasiona que haya una reestructuración familiar en cuanto a las funciones que cumplen tanto en la familia como en la comunidad. Esto quiere decir que, al ser los hombres que en su caso son esposos, hijos, hermanos entre otros, los que más salen a emplearse a otros estados de la república o a Estados Unidos que es el destino principal de atracción migratoria, la mayoría de las familias que siembran en la comunidad no echan mano de los familiares, ya que estos se encuentran fuera y las que se

quedan casi siempre son mujeres. Esto poco a poco ha conducido a que se opten por nuevos procesos que antes no se recurrían con frecuencia, como la contratación de peones para ayudar a preparar el campo para la siembra, impactando con esto la economía familiar.

El factor económico, además de ser afectado por el proceso de la migración también es impactado gravemente por el alza de los precios de los productos que se volvieron necesarios para la siembra como lo es el herbicida y fertilizante y lo cual también se asocia con la implementación de los programas gubernamentales:

El gobierno nos hizo dependientes de todo y eso nos afectó. Recuerdo en los ochenta que fue cuando empezamos a recibir los fertilizantes y los líquidos, y eso fue algo malo porque ahora no sembramos si no hay eso, o sea que ellos nos enseñaron a envenenar nuestra tierra para que trabajemos menos. (Pedro Feliciano, Cuanacaxtitlán, junio 2016)

De acuerdo con esta y la anterior narrativa, los programas de subsidio al campo como el hoy extinto Procampo hoy conocido como Producción para el Bienestar y de apoyos mediante transferencia económica como Prospera hoy extinto, han sido procesos que paulatinamente han impactado en la lógica comunitaria para producir los alimentos. Asimismo, dentro de este fenómeno, se mencionó que otro impacto de las políticas agroalimentarias es que el maíz ha dejado de ser rentable y únicamente se siembra para el autoconsumo.

De tal manera que si ligamos los efectos de la migración y los económicos en la siembra del maíz como principal producto, encontramos que también esto desemboca en que muchas familias dejen de sembrar, ya que el hecho de salir a trabajar fuera de la comunidad, la mujer que se ocupa en otras cosas a la crianza de los hijos, le impide en muchos casos sembrar y sustituye esta actividad por la compra de costales de maíz para satisfacer sus necesidades alimentarias, no sólo de las personas sino de los animales que cría.

Al retomar esta cuestión económica se registró la inversión que hacen los campesinos para sembrar maíz, la información fue registrada de la narrativa de don Isidro Vargas (Cuadro 1 y 2).

Cuadro 1. Inversión para sembrar 1 hectárea de maíz

Primera limpia
- Herbicida (2 ½ de gramoxone) \$ 300
- 4 bultos de fertilizante \$ 2 500
- Contratación de dos peones para limpiar por dos días el terreno a sembrar \$ 480
- Comida y refresco para dos peones por dos días \$ 200
Total: \$ 3 480
Segunda limpia
- Contratación de dos peones para limpiar por dos días \$ 480
- Comida y refresco para dos peones por dos días \$ 200
Total: \$ 680

Maduración del maíz
Contratación -Contratación de dos peones para doblar la mazorca por dos días \$ 480
-Comida y refresco para dos peones por dos días \$ 200
Total: \$ 680
Pizar y traslado del maíz
- Contratación de tres peones para pizar y trasladar el maíz por tres días \$ 1 080
- Comida y refresco para tres peones \$ 450
- Gasolina para trasladar el maíz y renta de la camioneta \$ 400
Inversión: \$6 770

Fuente: Berenice Rodríguez Hernández con base en el trabajo de campo Cuanacaxtitlán, 2016.

Cuadro 2. Ganancia de la siembra de maíz en una hectárea

En 1 hectárea se siembran 3 litros de maíz= 35 bultos de maíz
1 bulto de maíz = \$ 200
35 bultos de maíz x 200= 7 000
Inversión \$ 6 770
Ganancia: \$ 230

Fuente: Berenice Rodríguez Hernández con base en el trabajo de campo Cuanacaxtitlán, 2016.

Al analizar que no existe ganancia al sembrar maíz, como se expone en los cuadros anteriores, muestra lo que señalan que las narrativas que sembrar para muchas familias ya no representa una opción para obtener un poco de ganancia. Al respecto, una familia entrevistada señala que a veces sale más barato comprar maíz todo el año que sembrarlo. Esta familia se conforma por la madre el padre y cuatro hijos; también se destina

maíz para alimentar a las gallinas y los dos perros que habitan la casa. Así, la mujer señala que un bulto que compra en 240 pesos le alcanza para tres o hasta cuatro semanas, es decir para cubrir todo el año se necesitan quince bultos lo que da un total aproximado de tres mil seiscientos pesos, que es casi la mitad de la inversión para sembrar.

Además de lo anterior, otra de los grandes problemas del porqué no se siembra, es por la falta de tierras, como narra doña Catalina:

Yo no tengo tierras, mi esposo tiene un cacho pues y les dio a mis hijos, pero no es mucho, pero hay muchos que no tienen y pues a rentar, pero pues se va a ir acabando porque mis hijos pues tienen que ver cómo reparten a sus hijos, está difícil que alcance la tierra. (Catalina Carreño, Cuanacaxtitlán, junio 2016)

La falta de tierras, como muestra la narrativa, es otra deuda histórica y política con la que también han tenido que lidiar las familias campesinas. Pero también las condiciones generales que se presentan en este contexto son desfavorables en cuanto a la ubicación de las tierras de algunas familias de la comunidad que siembran en laderas, o declives o rentan tierras en la parte baja del municipio. Aunado a esto, también existe una tendencia, a la ganaderización, es decir, las tierras que antes se utilizaron para la siembra, ahora se utilizan para empastarse como alimento del ganado, lo cual también se asocia con las políticas públicas como se señala:

Eso de las vacas y el ganado pues fue algo del gobierno, ellos quieren que dejemos de sembrar y la gente pues se engaña con eso y piensan que se van a volver ricos cuando pues no es cierto lo único que pasa es que la tierra pues resiente (Adela Bautista, Cuanacaxtitlán, mayo 2016).

La valoración y la reflexión que hacen en esta comunidad, tiene un punto de encuentro al coincidir que sus problemas, carencias y la pobreza que viven es más difícil enfrentarla, cuando se tiene el conocimiento de lo que se hace en este caso sembrar, pero no se cuenta con los recursos necesarios para poder sortear la suerte que les ha tocado vivir. Otro aspecto que enriquece la valoración de sus propios saberes, es la representación que hacen del maíz y de la tierra, como la base para poder vivir y enseñar a los que vienen atrás estos códigos que no están escritos más que en la memoria los pobladores.

De esta manera, podemos observar cómo un parte de la caracterización agrícola de esta región es un reflejo de la seria situación por la que pasa el campo. Tal escenario nos obliga a preguntarnos entonces ¿cuál ha sido el nivel de dialogicidad entre el Estado y las comunidades que sobreviven en estas condiciones?

2.-Recolección: Esta actividad para la subsistencia entre la comunidad de Cuanacaxtitlán es uno de los principales quehaceres que se hace con más frecuencia, y en algunos casos dependiendo no solo de la ubicación de los hogares que

se encuentran alejados del campo, sino de las condiciones económicas que la familia se hace a diario, lo cual indica que esta práctica es vigente y necesaria para la subsistencia. La recolección es una acción que además de mostrar cómo las personas han entablado una relación con la naturaleza, expresa la forma de organizarse en un hogar que define quién puede, debe o sabe salir al campo o al monte a recolectar alguna fruta o planta; es decir, también a partir de esta práctica podemos observar quién tiene acceso a estos recursos porque saben en dónde están y saben qué recursos que del campo son comestibles.

En este sentido, de acuerdo con las narrativas, la siembra se vincula más como una actividad de los hombres, aunque en algunos casos también participan las mujeres y los niños, pero la recolección es una actividad en la que participan no solo los adultos sino los niños, y son estos últimos los actores que, en términos intergeneracionales en un futuro y con la transmisión de sus padres y abuelos reproducirán las prácticas alimentarias locales.

Así, la recolección de especies silvestres es una actividad cíclica que se lleva a cabo cada año principalmente en la época de lluvias, que puede ir de mayo a septiembre. Según la narrativa local, dentro del ciclo agrícola y en un contexto de precariedad, la época de lluvias es un respiro para las familias Na Savi de Cuanacaxtitlán, porque después del tiempo se secas que es el tiempo más crítico en todo el año, las lluvias permi-

ten la disponibilidad de una diversidad de plantas que convierten en alimentos.

De esta manera, a través de los conocimientos sobre el territorio y de los recursos alimentarios que posee, las familias salen a recolectar una variedad de especies silvestres como hongos, chicayumas, quelites, pápalos, guajes, tomates entre otros; frutas como guamúchiles, tejorucos, cocoyules y otras que disponibles en esta época (figura 1).

Asimismo, además de las plantas, hay otros materiales que se obtienen en el campo o monte y que son complementarios para las labores alimentarias como la leña, o bien, que son utilizados para otros usos ya sean medicinales o rituales.

Figura 1. Mujer Na Savi de Cuanacaxtitlán recolectando tomates silvestres.



Fotografía: Berenice Rodríguez

Al igual que la producción agrícola, el conocimiento sobre la recolección de especies silvestres comestibles ha sido una práctica que ha sido soslayada e impactada por las políticas alimentarias, principalmente por los programas como Cruzada Nacional contra el Hambre y el Programa de Apoyo Alimentario (PAL), implementados en el sexenio de Enrique Peña Nieto y que en su objetivo de reducir la falta de alimentos cambió algunos patrones alimentarios en los niños:

Ahora estos niños ya casi no saben reconocer lo bueno del campo, ya no quieren los quelites creo que ni los conocen, yo por eso les dije allá en la comisaría eso que les diéramos huevo en polvo y esas enlatadas que mandaba el gobierno nada más vino a jodernos. (Camerina Bolaños, Cuanacaxtitlán, junio 2016)

En este sentido, la implementación de ambos programas en Cuanacaxtitlán, como en otras comunidades de la región, implicó la instalación de comedores comunitarios utilizando principalmente los productos que entregaba el PAL, soslayando con ello el contexto cultural alimentario de las comunidades Na Savi, basado principalmente en el uso de recursos locales de tipo silvestre y producidos localmente. Para demostrar lo anterior, la comparación de los principales productos más utilizados en la alimentación de una familia Na Savi durante una semana, con los entregados por el PAL, muestran que el potencial de los saberes locales es excluido y con ello invisibilizado en el diseño y ejecución

de un programa gubernamental enfocado en reducir el problema alimentario (Cuadro 3).

Cuadro 3. Comparación de los productos alimentarios del PAL y de una familia Na Savi

Productos del Programa de Apoyo Alimentario (PAL)	Principales productos alimentarios utilizados en una familia na savi
Huevo en polvo	Maíz
Galletas dulces y saladas	Huevo de gallina
Atún	Jitomate cultivado
Sopa de pasta	Chile criollo
Avena	Quelites
Harina	Manteca
Aceite	Frijoles
Leche	Café cultivado
Arroz	Guajes
Lentejas	Ejotes
Café soluble	Chicayuma

Fuente: Berenice Rodríguez Hernández con base en el trabajo de campo Cuanacaxtitlán, 2017.

Al respecto, se considera que la implementación de estos dos programas incidió en la manera de comer de los niños, pero también en su identidad cultural alimentaria, porque en lugar de ir aprendiendo las prácticas cotidianas de la comunidad como la identificación y recolección de insumos silvestres, se alejan de ellas y con ello una parte de su cultura alimentaria se sustituye por nuevos gustos alimenticios que no son parte de su historia cultural.

3.-Caza y pesca: La caza y la pesca siguen siendo actividades realizadas por los pobladores de Cuanacaxtitlán, que

al igual que la recolección de plantas se lleva a cabo por la necesidad de obtener un alimento que no implique un gasto económico. Sin embargo, estas dos actividades se han visto disminuidas, principalmente por las afectaciones que han impactado la disponibilidad de las especies de fauna acuática y terrestre de uso comestible. Es importante mencionar que los mismos pobladores se han dado cuenta de estas afectaciones en la disponibilidad de muchas especies y han recurrido a la veda de caza y pesca, como una medida de conservación de estas especies. Asimismo, esta actividad como parte de un impacto integral por parte de las políticas alimentarias y del campo, también son entendidas como parte de la afectación:

Yo recuerdo que cuando era niño había muchos animales que cazar, que venado, que zorrillo, que conejo, que armadillo y en el río ni se diga, unas mojarras bien buenas y grandotas y hasta ranas llegamos a agarrar, pero ahora pues el río seco ya no sobrevive los peces porque los líquidos del campo llegan al río. (Petra Natividad, Cuanacaxtitlán, mayo 2016)

De acuerdo con lo anterior, si bien el problema de la disponibilidad de especies se debe a un factor ambiental, este es consecuencia del uso no controlado de los líquidos o herbicidas que como ya se mencionó antes fueron el fundamento de las políticas alimentarias que apostaron por la entrega de insumos para el campo que hoy representan un problema

que poco se atiende, y que como se registra en la narrativa, tiene implicaciones en la disponibilidad de animales que son comestibles.

En cuanto a la pesca, también se refiere que es una actividad que por muchos años proveyó de alimentos a las familias de la comunidad, principalmente del río y de algunos arroyos en donde podían pescar mojarras, cangrejos, langostinos y ranas. Sin embargo, actualmente y a raíz del uso de pesticidas y de la contaminación, el río poco a poco ha dejado de ser un espacio del territorio que provee estos alimentos, lo que significa que este saber local de conocer las especies y saber cuándo y cómo se obtienen, enfrenta un serio problema que puede culminar con la desaparición de esta actividad.

5.-Compra de alimentos: Esta práctica, en un contexto de precariedad, es la que menos se lleva a cabo en la comunidad. Sin embargo, cuando tienen acceso a dinero ya sea a través de los recursos que transfiere el gobierno a través de los apoyos, o de envíos en el caso de familias con algún integrante que ha migrado, acuden a las tiendas locales para complementar insumos para la cocina, como sal, azúcar, pan y algunas verduras de uso cotidiano como cebolla y jitomate. Pero también se señala que el acceso a las tiendas también permite que como ya se dijo antes, los niños y jóvenes tengan acceso a alimentos procesados que no tienen ninguna regulación en su venta y que generan cambios en los patrones alimentarios de esta parte de la

población.

CONCLUSIÓN

La crisis y la pobreza en contextos rurales afecta de diversas maneras a las comunidades de nuestro país, una de ellas se ve reflejada en el abandono al campo, que ha dejado de ser rentable, quedando como única apuesta la auto subsistencia. En estos términos se ha ido perpetuando a través de los programas alimentarios una dependencia, originando que haya más migración por la falta de oportunidades y de empleos y lo más grave es que los recursos naturales como la tierra se degrada a causa de la utilización de los pesticidas y fertilizantes que si bien han cumplido la función de apoyar en el proceso de la siembra, también han deteriorado las condiciones ambientales de donde provienen los alimentos.

El que México ocupe uno de los primeros lugares en importar el maíz (Enciso, 2022) no es ocasional, sino una muestra más del fracaso de las políticas neoliberales y globalizadoras poco adecuadas a las condiciones y determinantes socio culturales de su población. Es decir, nos enfrentamos ante políticas que no son pensadas para fomentar la productividad, sino la dependencia y el control de territorios vulnerables, como es el caso de la unidad de estudio que presentamos. En este orden, en cuanto a la producción del maíz, las políticas que le han hecho frente a este problema han buscado enmendar el saber local a un conocimiento técnico que se adecue a

imposiciones de políticas que pretenden adecuarse a las presiones externas, es decir, a lo que dicte el mercado mundial (Yúnez, 2010), soslayando de diversas maneras los saberes ancestrales que han permitido la producción local del maíz.

Sin embargo, la producción del maíz no es el único problema que no han podido resolver las políticas alimentarias. En este sentido, la recolección, caza y pesca, constituyen un sistema alimentario local, que representa el conocimiento que surge de la necesidad de llevar a cabo un acto imprescindible en la vida humana como es alimentarse, pero que en el caso de las políticas públicas alimentarias no son reconocidos los suficientemente como parte medular de la cultura local de los pueblos.

En este sentido, el campo, la alimentación y la falta de reconocimiento del potencial de los saberes locales alimentarios, son procesos vinculados y multidimensionales que no se han resuelto, porque las expresiones aquí mostradas a través de un caso específico, muestran que la producción agrícola en una comunidad de un estado de la república que padece históricamente pobreza como Guerrero, vive en el abandono, provocando con ello problemas de seguridad alimentaria e impactando a su vez, otras dimensiones que van más allá de eso, como la violencia, la falta de empleo, la migración, los problemas de salud física, mental y emocional (Carton, Lara y Rubio, 2000).

En este orden, en veinte años o más de

operación de diversas políticas alimentarias en nuestro país, no ha surgido ninguna que tenga un carácter integral, porque tanto en términos de producción de agrícola, como en la mejora de las condiciones de vida de las familias a través de la entrega de alimentos procesados o de dinero en efectivo, han soslayado los saberes y las prácticas locales, que se han mantenido a través del tiempo no sólo por necesidad sino por su eficacia. Asimismo, dichas políticas no han tomado en cuenta el contexto social, cultural, histórico y político de las poblaciones, ni se ha da voz a los actores que han generado, a lo largo de los años un sistema alimentario que a pesar de tantos procesos de desigualdad y de precariedad, sobrevive y hace posible la alimentación en estos escenarios.

REFERENCIAS

- Bedoya, P. B., & Ávila, A. C. Q. (2014). Efectos de la desnutrición infantil sobre el desarrollo psicomotor. *Revista criterios*, 21(1), pp. 217-236.
- Bonfil, G. (1989). *México profundo: Una civilización negada*. Fondo de Cultura Económica.
- Cahuich, Beatriz (2021). La hambruna de 1785-1787. Reconstrucción geográfica de una crisis climática. *Cui-cuilco Revista de Ciencias Antropológicas*. N. 80, pp. 135-156.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL). (2020). Estimaciones de la pobreza multidimensional 2018-2020.

- https://www.coneval.org.mx/SalaPrensa/Comunicadosprensa/Documents/2021/COMUNICADO_009_MEDICION_POBREZA_2020.pdf
- Cordera Campos, R., amp; Lomelí Vaneegas, L. (2003). México: el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL). *La pobreza rural en América Latina: lecciones para una reorientación de las políticas-LC/L*. pp. 197-210.
- Carton, H., Lara, S., Rubio, B. (2000). La política agropecuaria en México: balance y alternativas. En E. De la Garza Toledo (Coord.) *La Democracia en México. Políticas públicas alternativas en México*. La Jornada ediciones. Centro de investigación en ciencias y humanidades, UNAM p.p. 231-262.
- Enciso, A. (8 de febrero de 2022) México, primer importador de maíz en el mundo: CNA. La Jornada. <https://www.jornada.com.mx/notas/2022/02/08/economia/mexico-primer-importador-de-maiz-en-el-mundo-cna/>
- González, J. (2019). Políticas alimentarias y derechos humanos en México. *Estudios Sociales Revista de alimentación contemporánea y desarrollo regional*. 29(53), pp. <https://doi.org/10.24836/es.v29i53.657>
- Herrera, F. (2009). Apuntes sobre las instituciones y los programas de desarrollo rural en México. Del estado benefactor al estado neoliberal. *Estudios Sociales*, 17 (33), pp. 7-39.
- Carton, H., Lara, S., Rubio, B. (2000). La política agropecuaria en México: balance y alternativas. En E. De la Garza Toledo (Coord.) *La Democracia en México. Políticas públicas alternativas en México*. La Jornada ediciones. Centro de investigación en ciencias y humanidades, UNAM p.p. 231-262.
- Lara, C. (2018). La Constitución mexicana y el Convenio 169 de la OIT sobre pueblos indígenas y tribales. *Alegatos-Revista Jurídica de la Universidad Autónoma Metropolitana*, (97) pp. 559-578.
- Malvido, E. (1975). Efectos de las epidemias y hambrunas en la población colonial de México. *Salud Pública de México*, vol. XVII, N. 6, pp. 793-802.
- Martínez, R., & Fernández, A. (2006). *Modelo de análisis del impacto social y económico de la desnutrición infantil en América Latina*. CEPAL.
- Martínez, J. W. (2014). Desarrollo infantil: una revisión. *Investigaciones Andina*, 16(29), pp. 1118-1137.
- Mendoza, Y. (2022). La Cruzada Nacional contra el Hambre: El surgimiento mediático de una política de desarrollo sexenal. *Estudios Sociales Revista de alimentación contemporánea y desarrollo regional*. 31(58). <https://doi.org/10.24836/es.v31i58.1128>
- Pedroza, L. (2018). El Sistema Alimentario Mexicano: su acción en el campo y en la alimentación, 1980-1982. *Revista de Historia y Geografía* 49, pp. 21-48. <https://doi.org/10.29344/07194145.39.1691>
- Piñera, A., Martínez, T. Jiménez, M.,

- García, J. (2016). Política pública para el campo: PROCAMPO en el centro del país. *Revista mexicana de ciencias agrícolas*, 7(1), pp. 147-157.
- Ramírez, S. y Victoria, J. (2017). La Constitución ante el derecho internacional indígena. Tarea pendiente del Estado mexicano. *Alegatos-Revista Jurídica de la Universidad Autónoma Metropolitana*, (97) pp. 641-656.
- Talayera, O. (2014). La crisis de los años 1785-1786 en Michoacán: ¿el Gran Hambre o las grandes epidemias? *Tzintzun Revista de estudios históricos* 6, pp. 83-128.
- Rubalcava, R. M. (2010). Municipios y localidades concreción territorial de las desigualdades sociales. En M. Ordica, y F. Prud'homme, (Coords.) *Los grandes problemas de México* pp. 309-338. El Colegio de México.
- Villarespe, V., Merino, S. (2008). *Los programas contemporáneos de combate a la pobreza en México. Alcances y perspectivas*. XXI Jornadas de Historia Económica, Argentina.
- Wilmot, L. J. G., A., Y. V. P., Cuartas, M. A., Zabala, M. E. Z., & Pérez, J. F. M. (2019). Capacidad intelectual en niños con desnutrición crónica. *Revista de Investigación e Innovación en Ciencias de la Salud*, 1(2), pp. 87-95.
- Yúnez, A. (2010). Las políticas públicas dirigidas al sector rural: el carácter de las reformas para el cambio estructural. En M. Ordica, y F. Prud'homme, (Coords.) *Los grandes problemas de México*, pp. 123-128. El Colegio de México.